

¡Y aun hay hombres que preguntan de qué sirve el Cristianismo!
¡Oh filósofos profundísimos!!!

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber elevado el Matrimonio á la dignidad de Sacramento: haced la gracia á todos los que lo reciben de que puedan cumplir bien sus deberes.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero rezar á menudo por mi padre y por mi madre.

LECCION XLVI.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA CARIDAD.

Armonía de las tres virtudes teologales. — Se define la caridad. — Su excelencia. — Su primer objeto, Dios. — Necesidad de ella. — Ejemplos históricos. — Regla. — Pecados opuestos á la caridad. — Su segundo objeto, el prójimo. — Regla. — Necesidad. — Aplicación. — Obras de caridad espiritual y corporal. — Pecados opuestos.

La fe conduce á la esperanza, y la esperanza á la caridad: por la fe nuestro espíritu granjea un rico patrimonio de verdades que lo ilustran, lo ennoblecen, consuelan y divinizan en cierto modo, haciéndole participe de las luces mismas del nuevo Adan; por la esperanza nuestra voluntad, llevada mas allá de los bienes naturales y caducos que ella mira con noble desden, corre tras la posesion de los bienes que la fe columbra, esto es, de los bienes sobrenaturales que consisten en Dios mismo junto con la felicidad, la gloria y la suma de dichas para el cuerpo y para el alma, cuyo origen es Dios, y que están prometidas á sus escogidos; últimamente la caridad ennoblece nuestro corazon, haciéndole rebosar de amor á Dios y á los bienes que la fe revela, y que la esperanza aguarda; y por medio de estas tres virtudes, que mutuamente se enlazan, atraen y aquilatan, opérase nuestra union con nuestro Señor, empezando en la tierra la vida divina que se consumará en la eternidad.

Esas tres virtudes, fe, esperanza y caridad, se llaman *teologales* porque tienen por objeto al mismo Dios, y nos conducen á él directamente¹. ¡Qué sublimidad en su esencia! ¡qué nobleza en sus re-

¹ *Habitus specie distinguuntur secundum formalem differentiam objectorum: objectum autem theologiarum virtutum est ipse Deus, qui est ultimus rerum finis, prout nostræ rationis cognitionem excedit. Objectum autem virtutum intellectualium et moralium est aliquid quod humana ratione comprehendí potest. Unde virtutes theologice specie distinguuntur à moralibus et intellectualibus... virtutes intellectuales et morales perficiunt intellectum et appetitum hominis secundum proportionem naturæ humanæ; sed theologice supernaturaliter. (D. Thom. 1^o 2, q. 72, art. 2).*

sultados! Quítese la fe, y verémos al hombre, á la sociedad, al mundo entero sumergido en dudas, indecisiones y errores de toda especie: quítese la esperanza, y tendrémos al hombre apegado enteramente á los bienes perecederos de la tierra, desalándose tras la posesión de los mismos con una impetuosidad que ni respetará los derechos adquiridos ni las leyes humanas ó divinas; quítese la caridad, y el hombre vendrá á ser esclavo de las pasiones que le degradan y le hacen inmensamente infeliz, y al mundo con él. La historia de los pueblos idólatras así en la antigüedad como en los tiempos modernos es un testimonio incontestable de esta verdad humillante, y aun entre las naciones cristianas la existencia de los hombres que viven ajenos á la fe, á la esperanza y á la caridad católicas, la hacen resaltar á nuestra vista de una manera todavía mas sensible.

Para presentar en su evidencia esta verdad capital, á saber, que la fe, la esperanza y la caridad no solamente son la base de la Religión, sino aun de la sociedad, hasta ser esta un hecho esencialmente religioso, bastará el raciocinio siguiente, cuya exactitud justifican las circunstancias que atravesamos: la sociedad actual, considerada bajo su aspecto puramente material, sufre los rudos embates de la miseria: ¿de dónde procede ésta? de la falta de tráfico, y por consiguiente de trabajo; y ¿de dónde la falta de trabajo y de tráfico? de la falta de crédito; y ¿la del crédito? de la falta de confianza; y ¿ésta? del defecto de caridad, esto es, de la division que separa á la sociedad en dos campos enemigos, dispuestos por momentos á venir á las manos y acabar con todo.

Tan cierto es, segun puede notarse, que las bases de la sociedad se confunden con las de la Religión, como que unas mismas voces sirven para designar unas y otras: la palabra *crédito* se deriva de *credere*, que significa *creer* ó tener fe; las de *confianza* y *caridad* ó *confraternidad* son idénticas en el idioma social y en el lenguaje religioso. ¡Ojalá este nuevo rayo de luz pueda dar vista á algunos ciegos, y hacer que no se empeñen en querer separar lo que Dios indisolublemente unió, el sol y sus resplandores, el cuerpo y el alma, la Religión y la sociedad! ¡ojalá pueda tambien evidenciar mas y mas la solidez del plan que hemos adoptado para el orden y desarrollo de la doctrina cristiana!

Conocemos ya la fe, su dignidad, su necesidad, sus cualidades y su objeto: el cristiano alentado, reforzado, divinizado por la gracia, fruto de la oración, y en particular de los Sacramentos que se con-

traen todos á la sagrada Eucaristía, una sola cosa encuentra por hacer, la que todo hombre hace cada dia despues de haber tomado su alimento corporal: trabajar; despues cuando sus fuerzas se habrán agotado tras su empresa gloriosa, servirá de refrigerio la reiteración del alimento divino, el pan de los fuertes y el vino de las vírgenes, para sostenerle hasta llegar á la eterna montaña donde reside Dios; magnífico galardón de su trabajo¹. Y este trabajo no es otro que el amor, la caridad. Ahora bien: ninguna virtud es ociosa, y la caridad menos que las demás; por el contrario, ella es esencialmente activa, segun dicen los santos Padres, y bajo su influjo el espíritu del hombre trabaja sin descanso en contemplar y bendecir las perfecciones de Dios; su corazón en gozarse con ella y unirse á él mediante todo el poder de sus esfuerzos; y su mismo cuerpo en traducirlas en sus palabras y obras; observando con una fidelidad la mas solícita y fervorosa todos los mandamientos de ese Dios, objeto único de su amor. Por tanto la explicación del Decálogo sigue naturalmente á la de los Sacramentos y á la de los medios de adquirir gracia; pero antes de entrar en aquella, hablemos de la caridad en si, conforme hemos hablado de la esperanza y de la fe.

1.^a Definición. *La caridad es una virtud sobrenatural por la que amamos á Dios sobre todas las cosas, por ser infinitamente bueno é infinitamente amable, y al prójimo como á nosotros mismos por amor de Dios.* Al tratar de la esperanza y de la fe, explicamos estas palabras, *virtud sobrenatural*; las que siguen, *por la que amamos á Dios*, indican ser la caridad una virtud teologal, puesto tiene por esencial objeto al mismo Dios. *Sobre todas las cosas*: como Dios es el ser por excelencia y nuestro fin definitivo, indudablemente hemos de quererle mas que á todas las otras cosas que de necesidad le son inferiores, reduciéndose á unos simples medios para llegar á él. *Porque es infinitamente bueno*: dos motivos contienen estas palabras para amar á Dios, uno los bienes que nos ha hecho, y otro los que nos tiene reservados; doble amor, de gratitud y de esperanza. *Porque es infinitamente amable*: hé aquí el amor complaciente y todo de caridad que debemos profesar á Dios por ser quien es, á causa de sus infinitas perfecciones. *Y al prójimo*, es decir, á todos los hombres vivos ó muertos, que podrán estar en compañía nuestra en la patria

¹ Ego ero merces tua magna nimis. (Genes. x).

celestial; como á nosotros mismos, esto es, con el amor que á los demás hemos de profesar, parecido, si bien inferior, al de nosotros mismos; por amor de Dios, es decir, bajo la mira de Dios y para obedecer á Dios. Tal es la definicion sucinta de la caridad, cuyo desarrollo vamos á presentar en esta leccion.

2.º Su excelencia. Dios es todo caridad, dice el Discípulo amado; así, la caridad derramada en nuestra alma es una especie de participacion de la caridad del mismo Dios; una fuerza verdaderamente divina que viene á ser vida de nuestra vida, como el alma á su vez es vida de nuestro cuerpo; una virtud que nos hace pensar, hablar, querer y obrar de un modo divino, porque nos une íntimamente á Dios en la tierra, para consumarnos en él en la eternidad; pudiendo decirse que está en todas las potencias de nuestra alma; como nuestra alma está en todos los miembros de nuestro cuerpo para vivificarlos, como el fuego está en el hierro incandescente sin quitarle su naturaleza propia, pero calando de tal modo todas sus partes, que acaba por ponerle en fusion y hasta en ebullicion.

Siendo la caridad vida de nuestra alma, síguese naturalmente que es el alma de todas las virtudes: sin ella, en efecto, no hay virtud verdadera, ó tal que pueda conducirnos á nuestro último fin, que es la posesion del mismo Dios; siendo con relacion á las demás virtudes lo que la raíz al árbol que nutre de su sávia, lo que la reina en su imperio, cuyos vasallos conduce al último término que deben alcanzar. Esto no solamente debe entenderse de las virtudes morales, sino de las teologales, la fe y la esperanza. «De todas las virtudes, dice santo Tomás, las teologales son las mas excelentes, porque conducen directamente al mismo Dios, que es la base de toda perfeccion; y entre las teologales, la mas excelente es aquella que mas completamente conduce á Dios, y se detiene en él y por él: tal es la caridad?». Al producirse en estos términos el Doctor an-

1 Ipsa essentia divina caritas est... ita etiam caritas qua formaliter diligimus proximum est quedam participatio divinae caritatis... Deus est vita effectiva et anima per caritatem et corporis per animam; sed formaliter caritas est vita animae, sicut et anima vita corporis. (D. Thom. 2, 2, q. 23, art. 2).

2 Virtus vera simpliciter est illa quae ordinatur ad principale bonum hominis... quod est finis ultimus... et sic nulla vera virtus potest esse sine caritate. (D. Thom. 2, 2, q. 23, art. 7). — Est duplex regula humanorum actuum, scilicet ratio humana et Deus: sed Deus est prima regula, à qua etiam humana ratio regulanda est. Et ideo virtutes theologicae, quae consistunt in attingendo

gético, viene á ser eco de las palabras de san Agustin, quien define todas las virtudes por la caridad: «La fe, dice, es un amor que cree; la esperanza un amor que espera; la paciencia un amor que soporta; la prudencia un amor que reflexiona; la justicia un amor que da á cada uno lo suyo; la fuerza un amor generoso, y así de las demás». La caridad es la que da el mérito á todas las demás virtudes y constituye su medida. Verdaderamente la excelencia natural de nuestras acciones merece algun premio accidental que formará la auréola de los Santos en el cielo, pero toda la recompensa esencial reside en la caridad que anima nuestros actos; así, mientras la fe y la esperanza se detendrán en los umbrales de la celeste Jerusalem, la caridad los atravesará, permaneciendo allí eternamente para dicha de los elegidos. ¿Quién extrañará ahora la magnífica expresion de san Pablo cuando pondera la excelencia de esta reina de las virtudes? Aun cuando yo hablase el idioma de los Angeles y de los hombres, dice este grande Apóstol, aun cuando tuviese bastante ciencia para abarcar todos los misterios y bastante fe para trasladar montañas; aun cuando diese todos mis bienes á los pobres y mi cuerpo á las llamas, de nada me serviria todo esto, y nada seria yo si no tuviese caridad.

3.º Primer objeto de ella. Para producirnos hablando de la caridad con toda la lucidez posible, trataremos en primer lugar de la caridad para con Dios, y despues de la que mira al prójimo. El objeto primario y principal de la caridad es Dios mismo considerado como suprema perfeccion y como bien supremo, en lo cual aun registramos la excelencia de esta virtud; pues Dios, es decir, cuanto hay de mas hermoso, amable y perfecto, es el noble alimento que el Reparador divino brindá en ella á nuestro amor; Cuán honda no

illam regulam primam, eo quod earum objectum est Deus, excellentiores sunt virtutibus moralibus vel intellectualibus, quae consistunt in attingendo rationem humanam. Propter quod oportet quod etiam inter ipsas virtutes theologicas illa sit potior quae magis Deum attingit... Fides autem et spes attingunt quidem Deum secundum quod ex ipso provenit nobis vel cognitio veri vel adeptio boni, sed caritas attingit ipsum Deum, ut in ipso sistat, non ut ex eo aliquid nobis proveniat; et ideo caritas est excellentior fide et spe, et per consequens omnibus aliis virtutibus. (Id. id. art. 6). — Caritas comparatur fundamento et radici in quantum (ex ea) sustentantur et nutriuntur omnes aliae virtutes. (Id. id. art. 8).

1 De moribus Eccl. cath. c. 13, n. 25.

2 1, q. 93, art. 4.

3 1 Cor. xiii, 1.

será la gratitud del corazón humano al considerar la sublimidad de sus destinos! ¿cuán vehemente no será el gozo de este corazón, que hasta la venida del nuevo Adán casi siempre buscó en vano un alimento para sus afecciones entre las criaturas más groseras! Nacido para tener parte en el banquete de los Angeles, y alimentarse como ellos del mismo Dios, este corazón degradado pedía á los viles animales que le dejaran participar de sus inmundos deleites; pero inútilmente mendigaba y se envilecia: la felicidad se alejaba de él cual se aleja todavía de los pueblos y de los hombres no poseídos del amor del supremo Bien. Solo el nuevo Adán, después de recordarle su fin postrero, puede devolverle la paz y la gloria, haciendo brotar á sus ojos el puro y siempre fecundo manantial donde apaga esa sed de amor que le consume.

4.º Su regla. La regla para amar á Dios, dice san Bernardo, es amarle sin medida. Hemos, en efecto, de amar á Dios sobre todas las cosas, sin que en nuestro corazón pueda tener superior ni igual, debiendo preferirle á todo, á nuestros honores, riquezas, reputación, padres, amigos, gustos, salud, vida y á todas las criaturas; debemos estar aparejados siempre á sacrificar estas cosas antes que perder á Dios por el pecado mortal, de modo que ni el miedo, ni el afecto de criatura alguna logre hacernos abandonar á Dios, ni inferirle la menor ofensa¹. Tampoco, pues, hemos de dar entrada en nuestro corazón á ningún afecto indigno de él, y al contrario hemos de subordinarle todas nuestras afecciones legítimas, contrayéndolas á su amor.

¿Qué cosa más razonable y justa, si Dios es el supremo bien y el término de nuestro ser! ¿No sería un extraño desorden amar otra cosa fuera de él, más que á él, ó tanto como á él? Querer, pues, á Dios sobre todas las cosas es un deber sagrado, y si tal no fuese nuestra caridad, no habría salvación para nosotros. Claramente lo dijo el Salvador en el Evangelio: *El que á mí prefriere á su padre, ó á su madre, no es digno de mí*². *El que á mí prefriere á su hijo ó á su hija, no es digno de mí. El que amare á su alma en esta vida, la perderá*³; esto es, el que se amare á sí mismo con preferencia á Dios, será reprobado. Ahora bien: si el que ama á sus padres, á sus

¹ Rom. viii, 38.

² Matth. x, 37.

³ Joan. xii, 25.

hijos ó su propia vida más que á Dios, está condenado, ¿cuánto más indigno no será de Dios el que tanto ó más que á él estimare su reputación, sus goces, su dinero ó su salud?

Este amor de predilección, sin el cual no se puede estar en gracia de Dios, ni tener derecho al cielo, es ó amor de gratitud, ó amor de esperanza, ó amor de caridad. El de *gratitud* y de *esperanza* se halla indicado en las palabras de la definición: *porque él es infinitamente bueno*. Consiste este amor en querer á Dios por los beneficios que nos ha hecho, y porque ha sido y es bueno con nosotros. ¿Cuántos motivos no tenemos para semejante amor! En el orden de la naturaleza, el cielo con sus astros, la tierra con sus productos, la sociedad con sus diversas profesiones; en el orden de la gracia, los Angeles, nuestro Señor, la Iglesia, todo se halla á nuestra disposición: hé aquí algunos de los motivos para querer á Dios con un amor de gratitud. El de *esperanza* consiste en quererle porque él nos quiere hasta el punto de desear ser él mismo nuestra recompensa en el cielo; amor muy lícito, que los mayores Santos sintieron. *Yo incliné mi corazón*, dice el real Profeta, *á la observancia de vuestros mandamientos, movido de la recompensa*¹; Moisés fué colmado de elogios por no quererse llamar hijo de la hija de Faraon, con la sola mira de granjear vida eterna². El mismo Señor respondía al doctor que le interrogaba: *Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos*³. San Pablo exhorta á todos los fieles que recorran el camino de la virtud hasta reportar el premio⁴. Finalmente, el sacro Concilio de Trento pronuncia anatema contra el que dijere que el hombre justificado es culpable en obrar bien por el estímulo de los premios eternos⁵. Sin embargo, querer á Dios *únicamente* como medio de conseguir la eterna vida, ó de evitar el infierno, es acomodar á Dios á nuestro propio interés, y contraerle á nosotros en lugar de contraernos nosotros á él; inversión notable del orden de las cosas y violación del precepto de la caridad⁶.

¹ Psalm. cxviii.

² Hebr. ii.

³ Matth. xix.

⁴ I Cor. ix.

⁵ Si quis dixerit justificateum peccare dum intuitu mercedis æternæ bene operatur, anathema sit. (Sess. VI, can. 31).

⁶ Illicitum esse diligere Deum amore simpliciter mercenario, secus vero amore mercedis. Ex præcepto caritatis tenemur Deum super omnia diligere

El amor de *caridad* se expresa por estas palabras: *é infinitamente amable*. Amar á Dios porque es infinitamente amable; es amarle por sí mismo, hecha abstraccion de sus beneficios; y únicamente á causa de sus infinitas perfecciones; es alegrarnos y gozarnos de que posea todas las perfecciones en su mayor grado posible sin mezcla alguna de imperfeccion, y por consiguiente de que sea infinitamente poderoso, infinitamente sabio, infinitamente bueno, infinitamente rico, justo, misericordioso, independiente, en suma, perfectísimamente feliz en todos conceptos. Tener este amor de caridad es empezar á vivir en la tierra la vida de los Santos; á quienes este amor colma de deliciosa embriaguez, segun expresan por medio de estas palabras que eternamente entonan su reproduccion del sentimiento que las inspira: ¡Santo, santo, santo es el Señor Dios todopoderoso! Será, pues, acto perfecto de amor de Dios el que se concibiére en estos términos: *Dios mio, os amo sobre todas las cosas, porque sois infinitamente bueno, la suma bondad*. En efecto, en este caso se ama á Dios por su bondad, que es otra de sus principales perfecciones, aun en cuanto nos sirve ó ayuda á llenar la divina voluntad y conseguir nuestro último fin, que es querer á Dios por ser quien es ¹.

5.º Su necesidad. La necesidad de querer á Dios con un amor de predileccion, segun hemos explicado, y esto so pena de condenacion eterna, estriba en las causales siguientes: 1.º *Sus perfecciones infinitas*. La razon y la justicia impelen á amar sobre todas las cosas lo

tantum finem ultimum ad quem omnia sunt referenda. Ergo perversum et caritati contrarium est, Deum diligere propter rem aliquam creatam ad quam tanquam in finem Deum ordinemus... Unde iste amor mercenarius passim a sanctis Patribus damnatur, non solum quando est ultimus finis, sed etiam quando est principalis, puta si Deus non amaretur, nisi ea spes præmii adesset ac moveret, cum tunc non diligatur Deus super et plusquam omnia. (Mayol. *Præamb. ad Decalog.* q. 3) — Caritas virtus est à fide distincta, quia actus ejus non est credere, similiter à spe, quia actus ejus non est concupiscere bonum amanti, in quantum est commodum amantis, sed tendere in objectum secundum se, etiamsi per impossibile circumscriberetur ab eo commoditas in amantem. (Scot. in 3, dist. 27, n. 2).

¹ Ex communi consensu sapientum verus actus amoris est dicere: Deus meus, quia es bonitas infinita, quia es infinite bonus, amo te super omnia... El ideo desiderium possidendi Dei, qui est ultimus quidem noster finis, est proprius actus caritatis, imo perfectior aliis; nam possessio Dei est caritas consummata. (S. Alph. lib. II, n. 21).

que es infinitamente amable, á amar únicamente lo que es únicamente amable; y por lo tanto todo amor ha de contraerse al amor de Dios, y Dios es á quien hemos de querer en nosotros mismos, en el prójimo, en las criaturas, pues cuanto hay de hermoso, bueno y amable, en nosotros mismos, en los demás ó en los objetos criados, procede de Dios, y ha de volver á Dios. 2.º *Sus beneficios*. Mas fácil sería contar los cabellos de nuestra cabeza, que los beneficios de Dios, ya sea en el orden natural, ya en el de la gracia. 3.º *Sus promesas*. San Pablo, al descender del tercer cielo, tomó un día la pluma para describir las maravillas de la ciudad bienaventurada; pero sintiéndose incapaz de trazar el cuadro de aquellas delicias inefables, solo pudo soltar estas palabras: *No, el ojo del hombre no ha visto, ni su oreja oído, ni su espíritu siquiera podría formarse una idea de lo que Dios tiene reservado á los que le quieren* ¹. 4.º *Su precepto*. El precepto de amar á Dios no es nuevo, al contrario él es el primero de todos por su antigüedad, por su dignidad y por su necesidad; él radica en la naturaleza misma del hombre, pues, en efecto, ¿qué cosa mas natural y sagrada que tributar el hombre á Dios, á fuer de Criador suyo, un culto y homenaje omnimodos? Y como Dios es amor, el único culto que puede gustarle, segun expresion de san Agustin, es el amor de sus criaturas ².

No cabe duda que Dios recibe honor por la fe y la esperanza; pero nuestro culto solo es perfecto por la caridad; así, el amor de Dios fué siempre el primordial precepto de la Religion. Hé aquí los términos en que lo establece la ley de Moisés: *Amáras al Señor tu Dios de todo tu corazon, con todo tu espíritu y con todas tus fuerzas. El precepto que aquí te doy grábalo en tu corazon, enséñaselo á tus hijos, medítalo sentado en tu casa, andando por el camino, al acostarte y al levantarte. Átalo á tu brazo como una señal* ³. Los Profetas durante mas de quinientos años no cesaron de recordar el mismo precepto, y el Salvador lo proclamó en voz aun mas alta, dándole nueva latitud y perfeccion. El amor de Dios, dice á todos los hombres sin excepcion, es la base indispensable de vuestra salud: *Guardad los mandamientos si quereis entrar en la vida eterna; el que no ama,*

¹ 1 Cor. II, 9.

² Non colitur Deus nisi amando. (*Epist. CXX ad Honor.* c. 18, n. 45). — Domus Dei credendo fundatur, sperando erigitur, diligendo perficitur. (Id. *Serm.* XXXVII, c. 1).

³ Deut. VI, 8.